

dicho, porque, como ella sea buena, no puede hallarse sin Dios en nuestra naturaleza después del pecado; y así lo dice san Agustín, poniendo ejemplo en un cismático, que, perseverando en su cisma, se le ofreciese un tirano que le hiciese negar á Cristo, y en esta demanda sufriese hambres, cárceles y tormentos, solo á fin de no ir al infierno. Dice este santo que esta paciencia es loable, pues no se puede decir que sería mejor negar á Cristo por escapar estas cosas; y que, cuando menos, pues no lo aprovecha para el cielo, según aquello de san Pablo: Si entregare mi cuerpo para ser abrasado y no tengo caridad, no me aprovecha nada; entiende para la gloria; aprovecharle ha empero para tener menos pena en los infiernos y menor rigor el día del juicio. Y lo segundo, dice que aquella paciencia es don de Dios, que es buena; pero que, como hay hijos legítimos y hijos espurios, los primeros llevan lo mejor y la heredad, así á los segundos les cabe algo de lo que sobra; que fueron significados unos y otros por Isaac, y los demás á quien Abraham repartió dones, hijos de las concubinas, y los apartó de Isaac; así los hijos de Cristo y de la Iglesia, que son los que tienen la fe con caridad y son legítimos herederos del cielo, estos llevarán los mejores bienes y la heredad de su padre; y los judíos, herejes, cismáticos y malos, reciben dones también, pero diferentes, y se comparan á los hijos espurios de las concubinas. Toda esta doctrina y la deste discurso es doctrina del bienaventurado doctor san Agustín, de la cual sacamos en limpio que la paciencia (así como la misma caridad de donde nace) es don de Dios, y aunque la del mundano y pecador nazca de su voluntad y crezca del deleite terreno y se endurezca con la fuerza de la costumbre; pero la caridad, como dice san Pablo, nos infunde Dios en los corazones por el Espíritu Santo, que se nos da. Y así, dice san Juan en su *Canónica*: Hermanos, no queráis amar al mundo ni las cosas que hay en él, porque todo lo que hay en el mundo, ó es amor de carne ó amor y deseo de riquezas ó soberbia y ambición de la vida, la cual no es de Dios, sino del mundo; por el cual entiende el hombre ó la voluntad mundana. Pues el que dijere que la paciencia no es de Dios, señal es que tiene para sus trabajos puesta la confianza en el hombre; y así, incurrirá en la maldición del Profeta, que dice: Maldito el hombre que confía en el hombre. Estos son los que san Agustín dice que de hartos, abundantes y lozanos, no piensan que han menester á Dios; pero el que atentamente leyere este discurso, hallará que de Dios ha de venir la paciencia en sus trabajos, para salir dellos sin lesión y con provecho, y de ahí nacerá procurar de agradarle, pues tan ordinaria tiene la necesidad del socorro de su paciencia para tantos y tan ordinarios trabajos, que por su nombre y por su mandado se han de sufrir; y de ahí será también el temor de ofender á tan poderosa majestad; y por eso decía bien David á su alma: Alma, calla á Dios; solamente le sirve y agrada; porque la paciencia, de que tienes necesidad cada hora, de su mano te ha de venir.

DISCURSO VII.

Del vicio de la impaciencia.

Para que mas claro se vea cuánto bien es la paciencia,

bien será tratar brevemente cuán gran mal es su contraria la impaciencia, no solo porque (como el filósofo dice) los contrarios puestos uno cabe otro salen mas con sus calidades y condiciones, como lo blanco puesto delante de lo negro y lo frio junto al calor; de donde entienden algunos aquellas palabras de Job, que dice de los condenados que pasarán de las aguas de la nieve al calor intolerable, y que este será su ejercicio, para significar cuán excesivamente atormentarán allí estas dos calidades, frio y calor; no solo digo por esta razón, sino porque el que pierde en el trabajo la paciencia, ó no la tiene, comunmente ha de dar en el otro extremo de impaciencia; y así, sabiendo cuán grande mal es este, y ayudado del pensamiento de las virtudes y excelencias de la paciencia dichas, y de las que quedan por decir en este libro, procure valerse della y de no dar en tan grande mal como la impaciencia. La cual, cuando no tuviera otro sino ser el demonio su inventor primero, bastaba para entender cuánto mal es; así como al contrario decía san Agustín que la primera loa de la paciencia es tenella Dios. Y atrás decíamos que es don y beneficio suyo, y él mismo por el consiguiente, el inventor y dador della. Pero lo peor que la impaciencia tiene, es haber sido causa y principio de todos los pecados, y especialmente del primero, que los ángeles y los hombres hicieron, que por esta razón ha de ser á Dios señaladamente aborrecible.

Para entender esto, es necesario suponer que los inventores de las cosas buenas ó malas suelen ser mas particularmente y con mas favores y ventajas premiados, ó con mas rigor castigados en todo género de repúblicas, como parece en las artes mecánicas, que cuando algun oficial inventa alguna cosa útil y provechosa para la república, es della premiado y con muchos privilegios favorecido; y es muy justo que la república favorezca y anime con particulares favores al que particularmente la sirve, porque la virtud quede premiada y los demás animados á servirla; y por el contrario, el que en general ó en particular es causa de algun daño en la república, es particularmente y con mas rigor castigado; y aun en el daño particular de alguna pendencia ó quistion, es mas cargado el agresor, como inventor y despertador de aquel escándalo; lo cual es también muy justo, porque los delitos se castiguen y á los delincuentes sea el castigo escarmiento, y á los demás ejemplo de no ser causa de tan grande y perjudicial daño, como es el de una entera república. Pero mas claro parece esto en Dios, en quien resplandece mas, y sin paño reduce la justicia y el poder para ejecutarla; el cual á los inventores de cosas santas, religiosas y virtuosas, suele premiar con particular gloria y honra. Comenzó á mostrar esto en Aminadab, por haber sido el que primero tuvo ánimo para entrar en el mar Bermejo al tiempo que todos temían de entrar por las calles que Dios les había abierto. Y por eso dicen los hebreos que eligió Dios al tribu de Judá para el reino de su pueblo. Pues á los que inventaron las religiones, donde él se sirve con tanta limpieza y santidad y con tanto artificio y primor, tiene Dios coronados en el cielo con particular gloria, por haber san Francisco y santo Domingo y san Agustín haber inventado sus órdenes, y así hace á los demás

que comenzaren alguna obra santa, y fueren causa que otros la lleven adelante. Por el consiguiente, los que han sido inventores de pecados y nuevas maneras y ocasiones de ofenderle, tienen particulares castigos señalados; como que todos aquellos pecados que por su causa se hacen, son á cargo y caen sobre las cuevas del que las inventó, y el mismo enojo que Dios con él tiene, le queda contra la misma invencion. De donde viene san Agustín á decir que Arrio no tiene en el infierno aun toda la pena que ha de tener hasta que se acabe el mundo, y todo el mal que ha de causar aquella mala semilla que en el mundo dejó sembrada; y lo mismo podemos decir del perverso Lutero y de otros herejarcas, y de los inventores de las leyes del duelo, y otras cosas que son y han sido ocasion de ofensas de Dios, como dice el apóstol san Pedro en su *Canónica*. Los que introducen sectas perniciosas granjean para sí apriesa la perdicion, y su condenacion no duerme. Aunque no con esto quedan excusados, los que después los imitan usando de semejantes invenciones, antes Dios quiere que aun en esta vida entiendan los hombres cuánto se enoja de los semejantes, y que, como su pecado fué ejemplo malo de culpas, así su castigo lo sea de que Dios lo castigará en todos. No faltan ejemplos desto en las divinas letras: uno dellos es de uno que hallaron haciendo leña ó cogiendo astillas en sábado, que fué mandado apedrear, siendo tan ligero pecado, solo porque fué el primero que quebrantó el mandamiento de la observancia del sábado después que se puso. También fué riguroso castigo el de Ananías y Safira, su mujer, por haber reservado y escondido para sí parte de su hacienda al tiempo que se convirtieron, porque fueron los primeros que introdujeron propiedad. Aunque san Gregorio dice que habían hecho voto de pobreza, y por haberle por ese hecho quebrantado, fueron con muerte repentina castigados. Pero, aunque sea así, ¿cuántos quebrantan votos y aun de pobreza? Cuántos no perseveran en el estado que profesaron de religion, con daño de sus conciencias y ofensa de Dios? Y no son luego castigados, sino por ser los primeros en este pecado; como los que ofrecieron fuego ajeno en el altar contra la ley, fueron abrasados con fuego del Señor, y muertos allí delante de su presencia; y esto da á entender cuando les sentencia, diciendo: ¿Por qué hiciste este pecado? etc. Por esta razón se dice particularmente de Cristo en el salmo que ha de quebrantar las cabezas de muchos, que son los que con doctrina ó ejemplos enseñan á pecar. Y en otro salmo pide David justicia y venganza contra los que dicen: Destruída hasta los fundamentos. Y san Pedro, hablando del pecado principal de Júdeas, dice que fué capitán y caudillo de los que prendieron á Jesús; que todo es descubrir la gravedad del pecado de los que son causa que otros pequen.

Pues á esta cuenta el vicio de la impaciencia ha de ser á Dios muy aborrecible, por haber sido causa del primer pecado que el hombre hizo y aun del de los ángeles; porque Lucifer, por no poder ó no querer sufrir que el Hijo de Dios encarnado fuese mas que él adorado y estimado, vino á ofender tan gravemente á su Criador; asimismo, como Tertuliano dice, como Dios hubiese criado todas las cosas y sujetádolas al hombre, que á

su imágen y semejanza había criado, para que fuese dueño dellas, no lo pudo el demonio sufrir, y desta impaciencia nació el dolor, y deste nació la envidia, y desta se determinó á engañarle y tentarle; así que el engañarle nació de la envidia, y esta del dolor, el cual nació de la impaciencia; y así como Dios aborrece al demonio por haber engañado al hombre, induciéndolo á pecar, así aborrece al instrumento con que se determinó. Y este fué el nacimiento y niñez deste perverso vicio, y no sabe este doctor decir cuál fué primero, la impaciencia ó la malicia del demonio; solo dice que se dieron las manos y se conjuraron de andar siempre juntas como ahora andan; y así han andado desde entonces, de suerte que ni se halla impaciencia sin pecado, ni pecado sin impaciencia; lo cual pusieron luego por obra, pues Eva, armada con la impaciencia y poco sufrimiento de callar lo que á la serpiente había oído, antes aun que Adán le fuese marido (dice este doctor), quiere decir por consumacion del matrimonio, antes que debiese oírle, le hizo caer en tan gran pecado; y él, que por la impaciencia della había caído, cayó también por la propia impaciencia y poco sufrimiento, así de guardar el mandamiento de Dios como de guardarse del engaño del enemigo. Y destes principios nacieron todos nuestros males y suyos, y echarle del paraíso y de la amistad de Dios, y condenarle á perpetuo trabajo y á las penalidades que todos ahora sufrimos. Luego nació Cain con la impaciencia heredada, que con el linaje de los hombres se iba criando por arte y astucia del demonio; mató á su hermano, no pudiendo ó no queriendo sufrir que las ofrendas de Abel fuesen recibidas y aceptas á Dios, y no las suyas. Y así como esta mala semilla fué causa del homicidio, lo fué de allí adelante de todos los pecados que se han hecho contra Dios. Del homicidio dicho está, de la ira también se entiende, que, ora nazca de avaricia, ora de aborrecimiento, ora de otra cualquier raíz, á la impaciencia se reduce, con que no podeis sufrir que os tome nadie vuestra hacienda, ó el impulso de la avaricia, que os manda tomar la ajena. El adúltero, por no sufrir la castidad, y si esta vende alguna mujer, esta es la que peca, por no sufrir la falta de aquella torpe ganancia. En suma, todos los pecados nacen y se acompañan con esta mala madre, como todas las virtudes con la paciencia, por traer ellas consigo trabajo y dificultad, que la paciencia abraza y vence, y la impaciencia huye y aborrece; y así, se ofende la virtud y el Señor della. Andando los tiempos, todos los pecados del pueblo de Israel nacían de impaciencia; cuando, olvidado de aquella soberana merced, en que fué librado de la sujecion y servidumbre de Egipto y de otras muchas, pidió con tanta instancia que Aaron le hiciese dioses que le guiasen, dando de buena gana las joyas de sus mujeres, solo por no poder sufrir la breve tardanza que Moisés hacia en el monte, negociando con Dios sus negocios dellos. Pues al caer del maná, al agua de la piedra, desconfían de Dios y no le sufren tres días de sed, como el Señor se lo reprehende allí, y así en lo demás. Y el poner las manos en los profetas fué de impaciencia de oírlos, y el ponerlas en el mismo Dios fué de la que tuvieron de verle y oírle. Y así son los pecados que ahora se cometen si bien los

examinamos; pues de aquí se entiende cuán pernicioso y cruel es esta fiera de la impaciencia.

Allende desto, della dice san Juan Crisóstomo que es madre de la blasfemia, vicio tan asqueroso y abominable, porque en teniendo, dice, un trabajo, ora sea enfermedad, ora injuria, aunque sea burlando, hay algunos que se acogen luego á la blasfemia; y aunque al fin les parece que pasan con esto su mal, pierden el mérito y aun el alma, volviéndose contra el Señor, contra el bienhechor, contra el que cuida de su bien y le solicita, como si con eso se aliviase el dolor, y no antes se aumentase; porque el demonio, que lo causa ó puede causar, viendo cuán bien le va para su dañado intento con el tal dolor, se le aumenta para coger blasfemias; porque, tanto mas y mayores las dices, cuanto mayor es el dolor, que si, añadiéndose el dolor, añades paciencia y gracias al Criador, el demonio se cansaría, como quien, en lugar de sacar fruto, le pierde; porque, así como el perro que está al pié de la mesa cuantos mas huesos le echan tanto mas diligente anda y mas presto y con mas gana vuelve á pedir, pero si ve que, en lugar de darle otro hueso, le amenaza el que antes se le daba y le despide, luego se aparta de allí; así hace el demonio, goloso de blasfemias, que son los huesos de su comida, muy sabrosos, cuando las hay, vuelve á sacar mas cuantas puede, lo cual deja, y huye cuando ve dar á Dios gracias por el dolor ó trabajo. Esta es doctrina de san Juan Crisóstomo, la cual es bastante para hacernos aborrecer el vicio de la impaciencia, juntando con ella la sentencia de Séneca, que dice que el iracundo, que es hijo legítimo del impaciente, no difiere del loco y furioso sino en solo el tiempo, porque el loco lo es largo tiempo, y el impaciente y airado solo mientras le dura la impaciencia, que en lo demás tan loco es el uno como el otro; la diferencia por aquel breve tiempo será ser loco con pecado ó sin él. Pues ¿qué tal vicio será el que por sus manos y con ofensa de Dios vuelve á un hombre loco y furioso? De manera que tanto tienes de cuerdo y prudente cuanto de paciencia, y tanto de loco desatinado, cuanto tuvieres de impaciente; pues esto se gana ó pierde quien en el trabajo y adversidad huye desta fiera de la impaciencia y se abraza con el celestial don de la paciencia, que, demás de aquel rato que la tribulación le dura, deja el ánimo para otros tiempos y negocios cuerdo y reposado. Y en todos casos la impaciencia causa locura y necedad; pues, por tenerla, se comete el pecado. Y Aristóteles dice que todo hombre que peca es ignorante, y sale la ignorancia de aquella impaciencia que la pasión con que peca le causó.

DISCURSO VIII.

De los diversos efectos de la paciencia y de la impaciencia.

Por mil partes que queramos descubrir las virtudes de la paciencia y las ventajas que tiene, y los daños de la impaciencia, siempre saldrá mas lo uno y lo otro. Y aunque de lo dicho atrás se puedan fácilmente entender las obras de la una y de la otra, no será fuera de propósito referirlas en suma y con brevedad, para que unas á par de otras mas nos enamoren las de la pacien-

cia y mas se muestren las de la impaciencia feas y aborrecibles; pues todo va encaminado á un fin, que es declarar el bien de la paciencia, que es el argumento de todo este libro; lo cual aprendí de Tertuliano, que en el suyo hizo esta recapitulacion, movido por la razon que he dicho; por la cual, si no fuera mucha prolijidad, se habia de tratar de cada uno dellos mas difusamente. El primer efecto general de la paciencia es que ella es causa de todos los bienes; porque, como lo sea de toda virtud, ella asienta los firmes fundamentos de la fe, y la fortifica de todas partes, y nos hace ejercitar en ella. Ella despierta la esperanza, porque pocas veces se nos encomienda que no se haga memoria del premio della, y lleva con buen ánimo la dilacion de aquellos bienes prometidos. Ella prueba la caridad, descubre la prudencia, hace al hombre templado, humilde, obediente, enseña la humildad, guarda la paz, humilla, purifica, afina y fortalece el corazon y alma del que es atribulado; gobierna el seso, rige la disciplina, acocera las tentaciones, despide los escándalos, rige la carne, guarda el espíritu, ayuda al amor, anima á la penitencia, ordena y señala la confesion, perficiona el martirio, encamina las obras para poder imitar la vida de Cristo, mientras caminamos por su camino; danos perseverancia en ser hijos de Dios, pues por ella imitamos la paciencia de nuestro Padre celestial; hace el corazon manso y sujeto á Dios, rigelo, gobiérnalo, deliéndolo, con el escudo de la buena voluntad, del apetito de la venganza; prueba los siervos de Cristo, como el fuego al oro en el crisol. Si lo son los probados, bien, y si no, hace que lo sean. Por ella somos soldados de Cristo, por ella vencemos al demonio, por ella sube el bueno al reino del cielo, ella nos acredita con Dios y nos hace semejantes á él, y con él nos hace hablar con dulzura; si pecamos, nos hace pedir mil veces perdon y favor para mas no pecar; ella nos hace compasivos con el prójimo y nos da luz para conocerla á ella; si la tenemos en los trabajos, ella nos hace poseer nuestras almas, y nos retiene y conserva debajo de la proteccion del Señor; ella aparta del hombre los vicios y le ayunta con Dios; hácele alegre en la adversidad, cuidadoso y recatado en la prosperidad, ayuda á ganar la vida eterna, pelea con las tentaciones y sufre las persecuciones, refrena la lengua de las injurias y murmuraciones, detiene la mano de las heridas, los ojos de malas y deshonestas vistas, los piés de malos pasos; hace al alma sosegada, libre de contrarios vientos de tentaciones y de las ondas y tempestades de las tribulaciones; vence todos los contrarios, no altercando, sino sufriendo; no murmurando, sino dando gracias; vence la ira y tiémpala; destierra la envidia destruidora del humano linaje, pone mansedumbre, limpia el alma, rompe el ímpetu de la lujuria, reprime la hinchazon de la soberbia y violencia, humilla la potencia de los ricos, hace humildes en la prosperidad, fuertes y esforzados en la adversidad y apacibles en las injurias, conserva la virginidad en las doncellas, la castidad en las viudas, la caridad y amor en las casadas, enseña al pecador el presto conocimiento de sus culpas, consueta y recrea la necesidad de los pobres, no alarga la dolencia del enfermo ni consume la salud y buena disposicion del

sano; deleita al cristiano, convida al gentil, pone bien al siervo con el señor, y al señor con Dios y con el siervo; atavia á la mujer y honra al varon. Esta virtud es amada en el niño, alabada en el mancebo, reverenciada en el anciano, en todo seso y edad, en todo tiempo y lugar, parece y se descubre su hermosura; por ella el justo recibe corona, y el pecador perdon y misericordia; en suma, ella es la fatora y solicitadora de la voluntad de Dios y compañera de sus mandamientos, y en fin, ella nos acarrea todo bien, no solo en este mundo, sino en el otro. Todo este párrafo son palabras de los santos Crisóstomo y Cipriano, y tambien de Tertuliano; los cuales, allende destas, dicen otras, y otros muchos ponen otros efectos, pero san Crisóstomo los ciñe todos con decir que es raiz de todos los bienes; lo cual se saca bien de lo dicho, y se declara parte dello en todo el discurso deste libro; de manera que, así como en la moneda se encierran todos los bienes desta vida, así los desta y de la venidera en la paciencia; porque, mediante ella, se alcanzan todos.

§. II.

De los efectos de la impaciencia.

Así como la paciencia es causa y ocasion de todo bien, así lo es la impaciencia de todo mal y de toda nuestra desdicha, que tan contrarias son como esto. El Sabio dice: ¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia! Y no dice por qué; y la razon por que calla el daño es, porque todos los males y daños nacen de allí; y así como el primer hombre perdió por la impaciencia todo bien, así con la paciencia tornamos á cobrar la vida. Dice el Sabio que el hombre impaciente se vuelve loco, y que sus obras serán locuras; y así, será risa de los muchachos; y á la verdad esto alcanzó el que dijo que el loco y el impaciente solo difieren en el tiempo, que dura menos la ira que la locura. Así se dice, el enojado que se ensaña, que en latín quiere decir enloquecer. En lo demás, el oficio desta furia infernal no es otro que impedir el corazon que no juzgue rectamente, ni pueda discernir lo malo de lo bueno, lo falso de lo verdadero; y por eso dice allí el mesmo Salomon: El impaciente levanta su locura. En que dice dos cosas: la una, que hace la locura muy grande; la segunda, que la publica, porque cuando queremos publicar una cosa la levantamos en alto. Y para decir sus efectos bastaba decir lo que san Crisóstomo dice della, que es un vehemente y furioso fuego que todo lo abrasa, pues corrompe el cuerpo, ensucia el alma y ofrece triste y amarga vista, y que es un género de embriaguez, pero mas mala que ella; lo cual el profeta Esaías habia dicho, diciendo: Emborracharos heis, y no de vino. Peor y mas fea la pintura san Basilio, diciendo que el impaciente es un retrato del hombre endemoniado; y la experiencia lo enseña, que el que semejante vicio tiene, cuando está impaciente, aparecen en su pecho las mismas bascas, porque la sangre se llega y recoge al corazon, y allí bulle y hierve, cúbrese el hombre de sudor, tiembla todo el cuerpo, arrégase la frente, patea á menudo, fuerce las manos y echa fuego por los ojos; finalmente, tanta es su fealdad y ferocidad, que san Juan Crisóstomo

mo dice que, si se pudiese mirar, no tendria necesidad de otro consejo para evitar la causa della. Y aun Séneca da por remedio contra la impaciencia, mirarse, cuando la tiene, el rostro al espejo. Y si es verdad lo que Plutarco dice, que aquella enfermedad dice Hipócrates ser gravísima, que altera mucho el rostro del enfermo; así este filósofo entendia la gravedad de la impaciencia, de ver los impacientes mudados de rostro, encendido el color, mudada la voz y el tono y otras señales. ¿Cuán gran mal debe de ser esta fiera, pues tales mudanzas causa?

Pero, descendiendo mas en particular, de muchos males ha sido causa; y discurriendo por la sagrada Escritura desde el principio, después de haberlo sido de la caída de los ángeles y de los hombres, como arriba queda dicho, ella hizo que Cain matase á su hermano Abel por la insufrible envidia que tuvo de su prosperidad. Ella hizo huir á Agar, esclava de Abraham, por no poder sufrir por su soberbia á su ama y señora; y así, el ángel la mandó volver y humillarse á ella; hizo que Esaú vendiese el mayorazgo tan barato; ella hizo que el pueblo mil veces murmurase contra Dios, y Moisen fuese castigado por ello; ella hizo que Architofel, por no haberle sucedido bien el consejo, se ahorcase; ella, que Holoférnes, oyendo que se apercebían los israelitas á la defensa, y oyendo las razones de Achior, fuese muerto por mano de una mujer; y que Aman parase en lo que paró, por no poder sufrir que Mardoqueo no le quitase la gorra, y todo vino á llover sobre su cabeza; lo mismo, finalmente, de todos los pecados de que se hace mencion en el viejo y nuevo Testamento. Pues contraponiendo sus males á los bienes de la paciencia, tampoco se pueden contar; porque, por cualquier ocasion que vengan, ó por enemistad ó soberbia ó avaricia ó por deleite, todos nacen de impaciencia. De aquí nace la herejía, por no poder el hereje sufrir el estar sujeto á la obediencia del Papa y de la Iglesia católica y sus prelados; y así, inventan errores para ser estimados por ese camino, sustentándoles la mala vida que les predicán, de quien dice Salomon: El que es impaciente, por su casa verá el daño que recibe, y recibido uno, vendrá otro mayor, mientras este vicio le durare. Finalmente, la impaciencia es perjudicialísima, porque todo lo que la paciencia edifica, ella lo destruye y lo arranca de cuajo. Esta hace al hombre semejante á las bestias, y no á cualesquiera, sino á las fieras, que cuando se apodera del corazon le priva, no solo del juicio, sino del nombre, de que es indigno; porque el hacer mal á otros no es de hombres, sino de fieras, las cuales, en siendo provocadas por cualquier parte, luego se valen de las herraduras, dientes, cuernos ó uñas, ó de otras armas ó instrumentos que naturaleza les dió, sin mirar ni tener mas respeto á otra cosa; así son los que, sin mas consideracion ni freno, vengan luego cualquier injuria, por pequeña que sea. De aquí es que en ninguna cosa se conoce mas claramente la diferencia del sabio y bueno al ignorante y malo, que en estas dos, paciencia y impaciencia; porque, el que con la paciencia sabe enfrenar su ira, este es el sabio, y el que no lo es, no acierta á enfrenar la suya.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo se espanta

de los hombres sujetos á su impaciencia, diciendo: ¡Cómo! ¿que tengas habilidad y maña para amansar un leon y hacerle doméstico y tratable, y el furor y impaciencia de tu alma le tienes mas sañudo y cruel que el mismo leon? Cosa maravillosa es que, habiendo dos tan dificultosos impedimentos para amansar un leon, el uno ser animal sin razon, y el otro ser el mas fiero de todos los animales, con todo eso, repartió Dios á los hombres arte y habilidad para vencer estas dos cosas y amansarle, y que el que tiene saber y maña para vencer tan fiera naturaleza, como la de semejantes fieras, no pueda ó no se amañe á vencer la fiera que dentro de sí mismo tiene; antes escurezca para consigo el bien que Dios le comunicó, con que vence la fiereza de las bestias. Así que si emprendieses amansar otro hombre bravo, no podrias poner otra excusa sino que no está en tu mano ni eres señor de su voluntad, pues es ajena, y ahora, siendo la tuya la fiera que se ha de amansar, tú, que tienes poder de subir las fieras á la dignidad de la mansedumbre, te derribas de la que tú puedes gozar, arrojándote al furor y braveza de las bestias irracionales. Finge que tu impaciencia es una fiera, pues pon tu la diligencia para domarla, que otros ponen para domar un leon, y vuelve tu pensamiento blando y manso, pues sabes que no le faltan dientes ni uñas con que, si te descuidas y no la amansas, á tí y á tus cosas un día te despedazará; porque, no hay leon, no hay víbora que así procure desmenuzar las entrañas de un hombre, como su propia impaciencia, destructora de cuanto hay en el hombre. Algunos hombres hay que crían en el cuerpo gusanos que no les dejan respirar, porque les comen y roen las entrañas; y nosotros criamos esta ponzoñosa víbora de la impaciencia, que roe y despedaza las entrañas de nuestros hermanos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, el cual en otra homilia nos dice otro gravísimo daño que hace, que es hacer que las cosas pequeñas, en tiempo que del hom-

bre se apodera, parezcan grandes; porque, así como mientras dura la buena y verdadera amistad, las cosas que de sí son graves y molestas parecen á los ojos del amigo ligeras, así, en tiempo del enojo, las que de suyo son livianas y ligeras son tenidas por gravísimas. Y así como una centella pequeña de fuego, si le poneis mucha cantidad de leña, no por eso la quema luego, por su poca fuerza y virtud; pero cuando el fuego es muy crecido y la llama ha tomado fuerza, no solo la leña, por mucha que sea, sino las piedras abrasa, y aun todas las cosas que suelen apagarle sirven de encenderle mas, pues en este estado, no solo la estopa y pajas y otras cosas semejantes enciende, sino tambien el agua, aunque con mayor impetu se le eche, la enciende; así hace el airado, que cualquiera palabra que se le diga, la hace materia de impaciencia y furor.

Pues si esto es así, ¿quién no huirá tan mala compañía, por quien la buena se pierde, y todo lo ganado en muchos años, que, cuando no puede alcanzar la venganza que desea, ni poner las manos en su contrario, las pone en sí mismo? Por lo cual en el libro de *Job* es comparado el impaciente al tigre, animal ligerísimo y ferocísimo, del cual cuenta Plinio que cuando le toman los hijos vuela tras el que se lo llevó, y cuando ya no puede mas, se despedaza á sí mesma. Séneca la compara á una muralla que cae de alto, que se desmenuza, y destruye la casa que coge debajo. Y aun David en un salmo, diciendo: ¿Hasta cuándo fatigais á un hombre y le matais y acabais todos juntos, como una pared que va á caer y una muralla rempujada? Y la version caldea dice: ¿Hasta cuándo bramais contra el misericordioso, hasta cuándo cometeréis este homicidio todos vosotros, como un lienzo de muralla inclinado para caer, que se mata á sí y á los demás? Desta manera es la impaciencia, y esta es la obra que hace al que della se acompaña.

LIBRO SEGUNDO.

DE LOS TRABAJOS Y ADVERSIDADES QUE SON MATERIA DE LA PACIENCIA, Y DE LAS RAZONES POR QUE QUISO DIOS AFLIGIR Á LOS HOMBRES CON ELLAS.

PRÓLOGO.

Todas las cosas (dice la *Sabiduría*) hizo Dios con su cuenta y razon; en su peso y medida las hizo todas; todas tienen su por qué tan ajustado, que no queda lugar de ponelles tacla ni descubrirles pelo, como salidas de aquel abismo de infinita sabiduría; pero las obras suyas en esto se diferencian de sus mandamientos, que las obras no traen tan descubierta la razon por que las hizo, y la justificacion, como las que manda hacer á los hombres, de quien dice David que los juicios de Dios son verdaderos y su justificacion está en ellos mismos. Hase Dios con los hombres como un mercader con sus amigos: á uno dice, cuando le da el paño ó la mercadería. Tomadla, y veis ahí esa vara ó peso; medildó vos

allá ó pesadlo; á otro amigo dice: No teneis que medir, que medido va. Del primer amigo se fia el mercader, y el segundo quiere que se fie dél. Las cosas que Dios nos manda nos dice que las midamos nosotros, y para eso nos da el juicio y entendimiento con que las midamos, porque ninguna nos manda que no sea muy conforme á razon; y así, las hallamos conformes á ella, que ninguna cosa falta ni sobra; dentro en sí se traen su razon y su justificacion; pero sus obras dice que están medidas, que no tenemos que medir; porque hemos de cerrar los ojos de la razon y abrir los de la fe; esto es lo que el Profeta dice: «Si no creyéredes, no lo entenderéis.» Y asimesmo lo que san Agustín y san Basilio dicen sobre aquel verso del salmo: *Rectum esse verbum Domini, et omnia opera ejus in fide*, dice san Agustín;

La palabra de Dios es recta, que no la hallaréis falta ni nada torcido. San Basilio, que todas sus obras en la fe, que con ella se han de creer, y no medirse ni apearse como las que nos manda. Tal es la conversion del Ladrón y la perdicion de Júdas, tal la facilidad de la vocacion de Mateo y la dificultad del paralítico que descolgaron por el tejado. Estos secretos, dice el mesmo san Agustín, no quieras juzgar, por qué trae Dios á sí á uno y deja al otro, si no quieres errar; como quien dice: No es esa de las obras que se han de medir con tu juicio, sino con el de Dios; pero dice san Anselmo que, así como es locura buscar razones de la fe antes que creamos, así es gran negligencia no buscarlas después de haber creído, para esfuerzo, consuelo y ejemplo de los creyentes. Uno de los secretos, cuya medida y razon reservó Dios para sí, es porque quiso llevar los hombres por el camino áspero de los trabajos y adversidades, mayormente á sus siervos y amigos; cuya razon descubrirá en el día de la revelacion, que san Pablo dice que será el último día. Pero con la licencia que nos da san Anselmo, y por mejor decir, el mesmo Dios, de buscar, después de haber creído, las razones en las divinas letras y en los santos, sirve este segundo libro de poner aquí las que hemos podido recoger que vengan aquí mas á propósito, porque envia Dios trabajos á los hombres, siendo él tan dulce y piadoso; lo cual se hará cuanto diga primero dos ó tres consideraciones cerca de los mesmos trabajos.

DISCURSO PRIMERO.

De cuántos y cuán generales son los trabajos desta vida.

Una de las razones por que al principio dijimos que era de general provecho este libro, fué por serlo tanto los trabajos y afliciones desta vida miserable, que ningún estado hay, por pintado que sea, que del todo sea dellas reservado; lo cual, aunque tiene poca necesidad de probarse, pues todos nos quejamos dellas, en una palabra nos lo dice el libro de *Job*, cuando dice que la vida del hombre sobre la tierra no es otra cosa sino una perpetua guerra. Y aunque hay algunas Biblias que donde dice *militia* dice *malitia*, lo mesmo se es; porque ese vocablo significa penas y trabajos en la sagrada Escritura, y después de otros muchos lugares, se ve claro en el evangelista san Mateo cuando el Señor dice: Bástale al día su malicia, que es su trabajo. Y así lo nota san Jerónimo en este y otros muchos lugares, y aun en griego y latín tiene esta significacion, como parece en Homero, en muchos lugares de la *Odisea*; y la razon desta significacion es porque, como hay mal de pena y de culpa, así malicia de pena y malicia de culpa. Así que, por cualquier manera que se entienda, el santo *Job* dice que no es otra cosa esta nuestra vida sino un perpetuo pelear con los trabajos y afliciones. Y el mismo en otra parte decia: Todos los días de mi pelea espero el día de mi muerte, pues nadie vive sin ellas, aunque sea rey ó papa; detrás de aquellas vestiduras que resplandecen hay dos mil géneros de pesadumbres y tormentos. No mires, dice Crisóstomo, la púrpura, sino al alma muy saugrienta y colorada mas que la púrpura, ni mires la corona, sino los cuidados

que rodean su cabeza y corazon, los sobresaltos de día y de noche, los vuelcos en la cama, los peligros de la vida y de la honra. Y pone allí algunos ejemplos, á los cuales se puede añadir el de aquel rey que arrojó de sí la corona, diciendo que nadie sabia cuánto pesaba; que quien lo supiese no se espantaria de vérsela desechar de sí: Levántela quien no la conoce.

Pues si esto se dice de los cetros, coronas y tiaras donde parece que se vive sin trabajo ni cuidado, ¿qué dirémos del pobre y del que es menos que el Rey? ¿Qué de trabajos se representan en las comedias de los reyes, y príncipes del mundo! Y todos ó los mas, ó otros semejantes, han pasado así. Son estos grandes del mundo semejantes á aquellas grandes figuras de gigantes, que el día del Santísimo Sacramento salen en la procesion, que por su grandeza se divisan desde léjos sobre las cabezas de la gente, y traen á los mochachos y á los simples abobados; y sabido lo que es lo que así espanta, viene allí debajo sustentando aquella máquina un pobre hombre, cansado y sudando, salariado por una miseria por todo el día, que cuando á la noche se acaba la fiesta se deja caer sobre una pobre cama ó suelo, ó lo primero que halla, hecho pedazos, y á veces arrepentido, aunque sin provecho, de haber traído con tanto trabajo y tan poco fruto aquella carga tan grande, aunque por ella era mirado y respetado en la procesion. Tales son estos personajes grandes del mundo, que en esta procesion dél son los mas altos, ilustres y señalados con el dedo, levantados sobre todos, mirados de los niños, que no estiman mas de lo que parece; y bien mirado, son unos hombres flacos como los demás, y por ventura de menos fuerzas y quilates, que por una liviana paga traen á cuestras aquella pesada carga del oficio ó dignidad, sudando y cansados, que así lo confesarían si les apretasen los cordeles y tomasen su confesion; y cuando se acaba la procesion y la fiesta desta vida, si por su desdicha no les cabe buena suerte, se arrojan en aquella dura cama del infierno, cansados y quebrantados, como ellos lo confiesan en el libro de la *Sabiduría*, diciendo: Cansados venimos del camino de maldad, ¡oh que calles tan ásperas y dificultosas hemos andado! Y lo que dellas sacamos, ¿qué fué sino soberbia? Y esta ¿de qué nos sirvió? Y ¿qué provecho nos dieron las riquezas? Qué nos aprovechó tan triste y trabajoso sueldo de tanto trabajo?

Y si esta comparacion de los gigantes no basta, ó dijéredes que otro la dijo primero (aunque no por eso es peor), tomemos un gigante de bronce, que dura mas que el de palo y cañas, y sea el Coloso de Ródas, que á cabo de muchos años se cayó, y cuando cayó, se dice que apenas habia hombre que con los brazos pudiese abarcar el dedo pulgar, y dentro tenia grandes cavernas, y pinos y travesaños de hierro, culebras, lagartos y sabandijas. Esta es la figura destes oficios y dignidades. Unos señorazos que parecen de bronce, inmortales y perpetuos, y que relucen cuando les da el sol, y dentro están llenos de barras que les atraviesan el alma, y de maderas con que se sustenta aquella grandeza, y sabandijas y culebras que roen el corazon; desta manera viven, cuando tristes y cuando alegres, en tiempo de adversidad y de prosperidad. David decia: Señor,